

APUNTES BIOGRÁFICOS

Eduardo Matos Moctezuma

Arqlogo. Carlos Javier González González
MUSEO DEL TEMPLO MAYOR-INAH

El Siglo xx presencié el reconocimiento, en México, de la Arqueología como una ciencia por derecho propio. Tras aquellas figuras que la consolidaron y le dieron cauce, como Leopoldo Batres y Manuel Gamio, siguieron otros, como Eduardo Noguera, Alfonso Caso o Jorge R. Acosta, quienes la llevaron a formar parte de un proyecto nacional que buscaba recuperar la cultura material del pasado indígena de México. Posteriormente, durante la segunda mitad del siglo, se llega a una etapa de reflexión: cuestionando su propio pasado, y volviendo la mirada hacia el horizonte internacional de la disciplina, la arqueología mexicana comienza a buscar nuevas perspectivas que le permitieran renovarse e intentar explicar, objetivamente, al hombre que se encuentra detrás de esa cultura material. Es, precisamente, en esta última etapa donde debemos situar la figura relevante de Eduardo Matos Moctezuma.

Matos ingresó a la Escuela Nacional de Antropología e Historia en 1959. Sin duda, su principal influencia intelectual fue el gran arqueólogo australiano Vere Gordon Childe, “el padrecito Childe”, como Eduardo suele llamarlo en las conversaciones informales. El mayor atractivo del pensamiento de Childe para Matos era su concepto de revolución, entendida como una acumulación de innovaciones tecnológicas que llevaron, en el transcurso de la historia, a momentos de cambios cualitativos en que las sociedades experimentaron transformaciones sustanciales. Estas ideas se vieron reflejadas en su tesis profesional, *La revolución urbana en la Cuenca de México*, presentada en 1965 para obtener el grado de Arqueólogo y Maestro en Ciencias Antropológicas. En ella, Matos plantea que el motor principal para el surgimiento de la civilización en esa área, evidente en el caso de Teotihuacan, fue el desarrollo de sistemas de cultivo más eficientes, como la irrigación, alrededor de lo que llama “zonas verdes”, es decir, sitios en los que existía una mayor humedad y agua constante gracias a la existencia de manantiales.

También por aquellos años, Matos realizó su aprendizaje en el campo, y con maestros de primera línea: trabaja con Román Piña Chan en Comalcalco, y con Carlos Navarrete en un rescate arqueológico efectuado en Malpaso, Chiapas, intervención que, además, de enriquecer el conocimiento sobre el pasado prehispánico de la región, dejó por lo menos una anécdota singular para la posteridad: gracias al ingenio del maestro Navarrete, los arqueólogos aprendieron a utilizar la bellísima falda de tehuana. Sin embargo, lejos de portarla con la intención y el garbo de las mujeres istmeñas, la prenda sirvió como elegante

mosquitero para proteger sus glúteos cuando tenían que “hacer del cuerpo” en horas hábiles para los voraces zancudos.

Año 1965: para quienes gustan de las cifras cabalísticas, trece años antes del hallazgo de Coyolxauhqui, Matos Moctezuma se encarga de la exploración de un templo mexica dedicado a Tláloc, dentro de lo que era el recinto sagrado de la antigua México-Tenochtitlan. En 1966 y 1967, lo encontramos como Jefe de Exploraciones del Proyecto Cholula, dirigido por Miguel Messmacher, y de 1968 a 1977, como Director del Proyecto Tula. La experiencia de Cholula, aunque truncada, fue un intento por revivir el concepto de proyectos arqueológicos integrales, aplicado por Manuel Gamio en Teotihuacan desde 1917, y olvidado después, desgraciadamente, por la arqueología mexicana. Sin embargo, fue en el Proyecto Tula cuando Matos pudo plasmar esas ideas, planteando un proyecto integral e interdisciplinario destinado a conocer un área a través de toda su secuencia de ocupación, incluyendo la moderna, con el fin de estudiar su proceso de desarrollo social. Junto con todas esas inquietudes, Matos cultiva también el interés por los estudios de corte etnográfico: sus trabajos sobre la danza de “Los Montezumas” y sobre algunos relatos de Malpaso, Chiapas, publicados en 1967 y 1968, respectivamente, son una muestra de ello, e ilustran la validez y la importancia de recurrir al presente como una fuente auxiliar para comprender el pasado.

No puede dejar de mencionarse su interés, casi obsesivo, por el tema de la muerte. El hombre mesoamericano la entendió, y la entiende, de una manera admirable y envidiable, al mismo tiempo: como fuente de vida y creación, como inicio y no como conclusión; Quetzalcóatl descendió al Mictlan para hurtar los huesos de los muertos, con el fin de crear una nueva humanidad a partir de ellos. De acuerdo con una sugestiva hipótesis de Eduardo Matos, los nueve pasos que conducen al “Lugar de los muertos” podrían corresponder a las nueve detenciones del flujo menstrual que ocurren durante la gestación de un nuevo ser. Vida y muerte, ¿o quizá muerte y vida? una dualidad que ha sido tratada una y otra vez por el arqueólogo y humanista, destacando desde luego su *Muerte a filo de obsidiana*, publicado en 1975 para volverse un clásico dentro de la literatura mesoamericanista. Ese interés por la muerte está ligado, probablemente, con su otra vocación: cuando era estudiante, Eduardo vaciló durante algún tiempo entre la Arqueología y la Antropología Física, y aunque finalmente optó por la primera, ha sabido conjugar ambas ramas de la antropología en la realización de estudios sobre la parálisis facial prehispánica, las anomalías del pie, o el embarazo y el parto en el México antiguo.

Y así, paso a paso, como en una estratigrafía viva, llegamos al año de 1978. Durante el mes de febrero, el monolito de Coyolxauhqui es hallado fortuitamente, y se inician los trabajos del Proyecto Templo Mayor, bajo la dirección de Eduardo Matos. El planteamiento es claro: en ese edificio dual residía, real y simbólicamente, el poder de los mexicas; se excavaría el fenómeno, pero el objetivo sería recuperar la esencia. Cuatro años de trabajo en la primera temporada, y las tesis y publicaciones comienzan a fluir. México y el mundo se

enteran de lo que se hace, y de lo que se dice. El Proyecto Templo Mayor ha sido, como toda obra que vale la pena, polémico: se le ha alabado y criticado, a veces injustamente. Sin embargo, la publicación de cuando menos veinte libros científicos escritos por miembros del proyecto, la elaboración de más de veinte tesis profesionales en diversas disciplinas, varias de ellas premiadas, así como la existencia de unas trescientas fichas bibliográficas que tienen como origen los trabajos del Proyecto Templo Mayor, producidas por investigadores mexicanos y extranjeros, son hechos que hablan por sí mismos. Autoridades mundialmente reconocidas en los campos de la Arqueología o la Historia, como Sir Colin Renfrew o el Dr. Henry Nicholson, se han referido a los trabajos del proyecto como un acontecimiento equiparable al hallazgo de la Piedra del Sol y la Coatlicue en 1790, en razón del impulso dado al estudio de la cultura mexicana, o como un parteaguas en la historia de la arqueología sobre el periodo mexicano, puesto que ningún otro se le compara en alcance e importancia, precisamente por la impresionante cantidad de literatura que de él ha emanado. Y el principal responsable de todo lo anterior, hay que remarcarlo, se llama Eduardo Matos Moctezuma.

He querido hablar, sobre todo, del hombre y su obra. De su aportación para el enriquecimiento del saber acerca de nuestro pasado. Premios y distinciones, sobran en su haber, y todas merecidas: las Palmas Académicas y la Orden Nacional al Mérito, otorgadas por el Gobierno de Francia en 1981 y 1982; el Doctorado en Ciencias Honoris Causa de la Universidad de Colorado, en 1989, y Miembro del Colegio Nacional desde 1993. Sin embargo, esta breve semblanza resultaría aún más incompleta si no hiciera referencia al hombre, al amigo, al ser generoso que siempre ha encontrado la ocasión para hacernos sentir una parte importante de su vida, y aleccionarnos no sólo en el campo profesional, sino también en el de nuestros problemas cotidianos y personales. Eduardo es de esas raras personas que ha sabido ser jefe, maestro, amigo y compañero, en las buenas y en las malas, lo que lo hace admirable por los cuatro costados, ¿o tal vez por los cuatro rumbos del universo?.

Haciéndome portavoz de todos aquellos que hemos tenido el placer y el privilegio de trabajar con Eduardo Matos en la recuperación arqueológica del Templo Mayor, y colaborar para su estudio y difusión, quiero expresar mi beneplácito porque a partir de este día, su nombre quedará inscrito, merecidamente, en este recinto. Asimismo, y a título personal, quiero darle las gracias por haberme admitido, primero como alumno y ayudante, y posteriormente como amigo y compañero, así como desearle toda suerte de bienestar y éxitos en el futuro.